

# RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, febrero de 1952

Núm. 996

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción  
Cada 5 números mensuales,  
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los  
unos a los otros como yo os he  
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:  
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988  
GIJÓN

## Un martes de carnaval

Una advertencia al querido lector: La alucinante aventura que voy a referir no es un cuento literario ni una fantasía, sino un episodio real. Figura en un libro muy curioso que se titula: «Madrid hace cincuenta años a los ojos de un diplomático extranjero», obra alemana anónima, escrita y publicada hacia el año 1854, traducida al inglés en 1856, con el título «The attaché in Madrid». Son las memorias íntimas de un joven diplomático germano, unas impresiones escritas a vuelapluma, con sinceridad y concisión, en las que se refiere siempre a personas y sucesos, todos ellos reales, sin mezcla de nada fabuloso ni fingido, lo cual acrece el interés de la terrible página vivida a que alude en su diario de recuerdos el autor.

Leyéndola, dudamos entre sonreír o... meditar. ¡Es el enigma que nos cierra el paso con su gesto de esfinge!

Dice así el narrador:

«Febrero. Martes de Carnaval.—Estuve en el baile de máscaras. Fuí allí bastante tarde, con M... y cuatro o cinco jóvenes españoles del «gran mundo», después de una deliciosa cena en casa de S...

He tenido una aventura tan notable, que ella sola me basta para toda la temporada... Sólo a una persona se la he referido, porque temo que se rían de mí si se divulga, suponiéndome objeto de una broma pesada de Carnaval. El caso ha sido verdaderamente horrible, pero no una broma.

Fuimos al baile a la una. Por espacio de una hora estuve entretenido mirando las máscaras que pasaban por mi lado y oyendo los chistes y ocurrencias algunas muy graciosas, que me dirigían por mi calidad inocultable de extranjero. Una máscara, sobre todo, que parecía andaluza por el acento, me hizo pasar un buen rato. Cansado ya de los eternos «¿me conoces?» me refugié en el palco de S... y me senté en el diván junto a la puerta. ¡Sin duda nada hay más aburrido que un baile de máscaras en que no se tenga particular interés o al que no se acuda con un objeto determinado!

Media hora, poco más o menos, lle-

varía yo sentado, fumando tranquilamente y sólo, cuando de súbito abrióse la puerta muy quedito y dió paso a una máscara que se quedó inmóvil delante del portier. Iba toda de negro, hasta el antifaz que estaba orlado de encaje del mismo color. Sólo los guantes eran blancos, así como una rosa hermosísima que llevaba en la diestra.

Hízome con aire imperioso una seña y yo me levanté, galante, esperando el consabido «¿me conoces?». Lo dijo en efecto, pero añadiendo en voz muy baja un «¡sígueme!», que obedecí, yendo tras de ella por los corredores, hasta el salón de baile. Allí se cogió de mi brazo y estuvimos paseando unos minutos en completo silencio. Por fin me decidí a hablarle. «¿Sois la Marquesa de Tal, la Duquesa de Cual, Fulanita o Zutanita, acaso?» Y a todas mis preguntas la extraña máscara me respondía moviendo negativamente la cabeza. Intrigado por momentos, la observé a mi gusto. Tenía unos ojos que rebrillaban febriles... unas manos pequeñas y unos pies notables por lo diminutos. La figura toda era vaporosa, alada, como si debajo del disfraz no existiese un cuerpo...

De improviso, y una de las veces que pasamos por las puertas del salón, se detuvo, y con un acento que no olvidaré nunca, por lo... indefinible, me dijo:

—¿Te atreves a acompañarme?

Le contesté que sí, como era natural

—¿Tienes coche?—le pregunté.

—¡Mañana tendré—me respondió—el coche más lujoso de Madrid; pero esta noche voy a pie!

—Hace frío—le dije.

—Para mí, no; estoy más fría que la noche!

La extraña respuesta hubo de desconcertarme. Comencé a sentir una vaga inquietud conforme íbamos andando. Me parecía que iba con un espectro, y la frialdad de su cutis, una de las veces que toqué su mano, me hizo tembrar.

—¿No has llevado abrigo al baile, mascarita?—le dije, queriendo sonreír.

—¡Ya encontraré abrigo en mi morada que es muy fría!

Me detuve, e insistí en que me dijera quien era y adónde íbamos. No me hizo caso y me arrastró con una especie de fascinación. ¡Oh, aquellos ojos tras de aquel antifaz!

Anduvimos por varias calles y al salir a la de Alcalá nos detuvimos frente a la Iglesia de San José, cuyas gradas de piedra subimos, para mayor asombro mío. Estremeciéndome le dije secamente:

—¡Acáremos! ¿Qué broma es ésta de tan mal gusto? ¡Supongo que no irás a entrar en un templo a estas horas y en ese traje!

Las puertas de la fachada principal estaban cerradas. Sin responderme, la desconocida bajó los escalones, sin soltar mi brazo, y me llevó por otra puerta lateral, que daba a una calle angosta y oscura. Me resistí a seguir, ya bruscamente.

—¡Un momento..., un momento!—exclamó ella con vehemencia—¡No te detendré mucho!

Cruzamos la sacristía y seguimos por un corredor sombrío, que nos llevó a la iglesia. En medio de la nave central había un catafalco cubierto con paños negros y débilmente alumbrado, hacia el cual encaminóse lentamente la enmascarada, mientras yo caía de rodillas, espantado. Pensé entonces de súbito que aquella infeliz estaba loca, y avancé hacia ella para evitar un sacrilegio. Pero en el mismo instante volvió el rostro, ya sin careta y que parecía de mármol, y me dijo, señalándome el túmulo:

—¡Chist!. ¡No se lo digas a nadie: me pusieron ahí esta mañana! ¡Adios!

Miré ávidamente y sólo ví tinieblas. La enmascarada había desaparecido, dejando en mis manos la rosa hermosísima y un trozo de tul negro de su disfraz. Salí de la iglesia tambaleándome, transido de frío y estremecido de horror. Me froté los ojos para persuadirme de que todo aquello no era una pesadilla; pensé, reflexioné para convencerme de que no estaba loco ni borracho. Por último, huí, ésta es la palabra, calle de Alcalá arriba, hacia la Puerta del Sol...

Pasaban muchas máscaras que salían de los bailes.

Desfallecido y aterrado entré en un restorán para serenarme y confortarme. Amanecía cuando salí, y me metí en un coche, dando al cochero las señas de mi casa. El carruaje pasó por delante de la iglesia de San José, y

obsesionado por un pensamiento le dije al auriga que se detuviese. Me apé del coche y entré en el templo, donde ya penetraba la claridad luchando con las sombras. Vi el túmulo con el ataúd y una corona de rosas blancas... Pregunté a una mujer que había arrodillada cerca de mí por quien iban a ser aquellos funerales; pero no supo decirme. Salí a la Sacristía y pregunté a un monaguillo.

—¡Es por la señora condesa de... X— me contestó el muchacho—, que ha muerto anteayer domingo!

Yo conocía mucho a la condesa con quien había bailado en la Legación una noche; ¡pero no sabía que había muerto!

Temblando de frío y de emoción, entré en el coche y me marché a mi casa. Me sentí enfermo. Llamé a uno de los criados y le dije que avisase a escape al doctor... H... uno de los médicos más famosos de Madrid. Vino, me reconoció, recetó y se despidió diciéndome:

—¡Es un enfriamiento nada más! Por fortuna, no es una pulmonía... madrileña. Le dejo a usted porque voy a los funerales de la condesita de... X, que murió anteayer repentinamente. Pobre muchacha! ¡Tan bonita y tan divertida! ¡Lo que ella soñó con el baile de máscaras que iban a dar los condes este martes de Carnavall! «¡Yo creo que aún muerta me disfrazaría y bailaríala!», me dijo a mí, riendo, la última vez que la saludé.

—¿Le... dijo... a... usted... eso... doctor?—exclamé espantado, sentándome en la cama.

El doctor se quedó sin hablar, al ver mi actitud.

—¡Verá usted!—le dije—¡Es que me ha ocurrido hace unas horas un lance horrendo! Verá usted.

Y se lo referí todo al doctor, mostrándole la rosa blanca, idéntica a las de la corona mortuoria, y el pedazo de tul negro del disfraz.

—¿Qué opina usted, doctor, de esta aventura? le pregunté al finalizar mi relato.

Y el médico, que me había oído meditando y asombrado, quiso vanamente echarse a reír, y acabó por exclamar muy serio:

—Una broma no ha sido... Los muertos tampoco acuden a los bailes de máscaras... Usted no está embriagado ni perturbado, ¡Lo mejor es que no pensemos en tal aventura!... ¡Ah y... yo, francamente renuncié a asistir al funeral! «Cosas» de los nervios, niñerías ridículas; pero qué le va uno a hacer!...

Curro Vargas.

Mas Jesús continuaba durmiendo en un extremo de la embarcación. Y se acercaron a él sus discípulos y le despertaron y dijeron:

—Pero Maestro, ¿a ti no te importa que nos hundamos? Señor ¡sálvanos! que perecemos.

Un huracán de odios, de ambiciones, de pasión, se ha desatado en el mundo.

El egoísmo humano ha roto todos los frenos y corre desesperado hacia el desastre.

Los gobiernos, buscan fórmulas políticas, bordeando la ley de Dios. Quieren que sus súbditos respeten la ley que ellos están violando, pues la ley de los hombres no está de acuerdo, por lo general, con la ley moral; y si los gobiernos quieren a toda costa imponer su voluntad, cimentada sobre sofismas, y principios no cristianos, el individuo se habrá de revelar contra la odiosa ley del tirano que quiere violentar su conciencia, imponiéndole normas hasta en sus más íntimas creencias.

En su carrera desenfrenada el mundo vive bajo nubes de tormenta. Parece que de un momento a otro la catástrofe va a estallar en espantoso caos que hará naufragar las vidas humanas de esta generación que vive estos años de locura que nos ha tocado vivir.

Los gobiernos de todos los países dictan sus leyes con la única mira de sus ambiciones humanas. Prescinden, por completo, de los intereses personales de las familias que componen su nación; y el hombre, considerado, aisladamente, no es más que un factor de que el Estado dispone a su antojo y a su conveniencia, sin preocuparle el derecho que el ciudadano tenga dentro de la comunidad social.

El hombre, dentro de la sociedad, es un servidor del Estado. Olvidándose el Estado de que es él quien habrá de ser un servidor de sus ciudadanos, ocupándose de aliviar sus necesidades, atender a su modo de vivir, darle facilidades para cumplir su misión en la vida y no en modo alguno agobiándole y estrujándole, para aprovechar de él no sólo la mayor parte de su trabajo honrado, sino también sus bellas cualidades morales, en momentos oportunos porque convenga a sus intereses.

Sobre el mundo se cierne la tormenta. El apartamiento de Cristo ha hecho oscurecer las nubes en el horizonte y parece despertar el huracán.

En un rincón de la nave del mundo, el Pastor de las almas, vela y pide a Dios, repitiéndole el grito de los apóstoles en la barca que se tambalea en medio de la tormenta: ¡Señor, sálvanos que perecemos!

Los hombres de gobierno de los pueblos están ciegos. La pasión ha cegado la vista y no quieren ver el error que preside sus actos. Víctimas de sus equivocaciones, se desploman de sus pedestales y desaparecen humillados entre las mismas olas de la tormenta que ellos mismos han provo-

cado. Después... otros se elevan del anónimo, para desaparecer más tarde sin haber dejado detrás de sí nada más que odios, desaciertos, desastres...

Quiera Dios que la tormenta no estalle en todo su fragor y las palabras del Pastor de las almas, hagan ver a los ciegos que no quieren ver y a los sordos que no quieren oír y pueda calmar las tempestades que amenazan al mundo.

Dios permitirá llegar a los hombres en su destrucción hasta donde crea conveniente. Confíemos en El.

....Y poniéndose en pie el Maestro increpó al viento y a la tempestad y dijo al mar: ¡Calla! ¡Refrenate! Y cesó el viento y se extendió una gran calma.

Y les dijo Jesús:—Hombres de poca fe ¿qué teméis?

R

## Carta de Cayo, centurión romano, a su amigo Tulio, en Roma

Por fin, querido Tulio, he visto al Profeta, le he oído predicar, y he podido admirar, al mismo tiempo que su elocuencia, la belleza de sus facciones.

Voy, por lo tanto, a darte una idea de su palabra, y a trazarte su retrato.

Hace pocos días, a la cabeza de unos cuantos legionarios, iba a girar una visita por la parte de Caná, detrás de Cafarnaum, cuando en la vertiente de una montaña, descubrí una gran multitud de hombres y mujeres sentados por grupos en la hierba y sumidos en religioso silencio. Sobraba una pequeña elevación se destacaba el Profeta, vestido enteramente de blanco, en pie, majestuoso y solemne, como debió estarlo su Moisés en las alturas del Sinaí.

Ví que levantaba con frecuencia los brazos al cielo, y comprendí que dirigía la palabra a aquella recogida multitud. Acerquéme para escuchar, y me confundí entre los oyentes, sin que ninguno de ellos pareciese advertirlo, tan absortos estaban por las palabras del Profeta.

—¿Y sabes tú lo que éste les decía? Puedo repetírtelo porque tomé apuntes de las cosas que más me impresionaron. Escucha:

«Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos será el reino de los cielos.

«Bienaventurados los humildes porque ellos poseerán la tierra.

«Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.

«Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

«Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

«Bienaventurados los que padecen

### CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

....Y de repente despierta el huracán, échase sobre el lago la galerna, alborótase revuelto el mar, las olas cubren la lancha, todos tiemblan en sumo peligro.

persecución por la justicia, porque de ellos será el reino de los cielos »

¡Qué palabras tan extraordinarias! ¿No te parece? Y, sobre todo que ideas tan nuevas!

Con ellas caen por tierra todas las enseñanzas de la sabiduría humana, pues son la negación de todas nuestras opiniones y sentimientos.

Los felices, según nosotros, son los ricos y no los pobres, los que se divierten y no los que lloran, aquellos a quien se hace justicia, y no los que padecen persecución por ella.

Los que poseen la tierra, en nuestro sentir, no son los mansos, sino los violentos, que la conquistan. Bienaventurados los que pueden tomarse la justicia por su mano y saborear las dulzuras de la venganza, y no los que dispensan misericordia. Bienaventurados no los puros, sino los que puedan procurarse todos los placeres del amor y de la voluptuosidad.

Esta es la verdadera sabiduría humana, la enseñada y practicada por todos los grandes filósofos de Grecia y Roma.

¿De dónde ha sacado el profeta de Nazaret una sabiduría tan totalmente opuesta? ¿Ni cómo explicarse que yo mismo, romano, haya saboreado en esas palabras no sé qué dulzura, desconocida para mí hasta ahora? Nuestra generación decadente no está acostumbrada a ese lenguaje, tan distinto del de nuestros oradores y poetas.

¿Y cuál es ese reino de los cielos, en el que todas las venturas pertenecen a los que nosotros miramos como los verdaderos desdichados?

¿Donde está esa morada ideal, en la que reinará, por fin, la gran ley de las compensaciones, en las que serán consolados los que lloran, hartos los que buscan en vano la justicia, y colmados de dichas los que no sueñan más que en el amor puro?

Sin duda el Profeta lo sabe; pero a mí me parece evidente que ése reino no es el de Israel, ni ningún otro de este mundo.

Predica una Religión nueva, y una revolución social pacífica a la par que radical y cosmopolita.

No quiere regenerar únicamente al pueblo judío, sino al género humano entero.

Su obra no será nacional, sino humanitaria. Al que ambiciona las coronas y los cetros, se los abandona; pero para sí mismo aspira a otro ideal. Quiere difundir la luz en las inteligencias, la fe en las almas, el amor en los corazones.

Tal es, sin duda, el sueño sublime de ese hombre extraordinario, cuya doctrina eclipsa en absoluto a la de Platón, y cuya elocuencia hace palidecer la de Cicerón.

¿Es realizable este sueño? A mi juicio es absolutamente imposible, de toda imposibilidad, si Jesús no es más que un hombre.

¿Y puede ser otra cosa?

Por supuesto, todo lo que te cuento no te dará más que una idea imperfecta de lo que he visto, y además es preciso ver al hombre.

Es de elevada estatura y de gran belleza varonil, en la que entran por partes iguales la nobleza, la distinción, la inteligencia y la fuerza.

Sus facciones muy correctas le dan gran parecido, al decir de sus discípulos con su madre, de la que ha heredado también la tez morena, con un matiz que recuerda el color del trigo candéal.

Su vasta frente está rodeada de cabellos cuyo color castaño imita los reflejos de esos vinos del mediodía, impregnados de sol; partidos por el medio, caen en bucles rizados hasta los hombros.

La barba, del mismo color, no muy larga y cortada en punta, forma, con la cabellera, un marco ovalado que hace resaltar la armonía del rostro.

Pero lo más admirable y característico de su fisonomía son los ojos, de un azul intensísimo, y con la profundidad, el brillo y el fuego sombrío de las olas fosforescentes.

Difícil es soportar el ardiente rayo que lanzan, y que es como una flecha luminosa, que traspasa los corazones, y escrudina sus más recónditos misterios.

En sus horas de santa cólera esos ojos son terribles.

Esto explica cómo los vendedores del templo, numerosos y nada tímidos, huyeron delante de aquél hombre solo. No los espantó su látigo, al que hubieran podido oponer sus garrotes; lo que introdujo pánico increíble en sus filas fué aquella imponente mirada.

Por un contraste maravilloso, de esos mismos ojos emanan una dulzura y una bondad que avasallan los corazones, cuando se fijan en desdichados, en enfermos o en pecadores arrepentidos.

Rayos de gracia y de misericordia brotan entonces de sus pupilas y derraman un encanto al que nada resiste.

El timbre de su voz es simpático; sus ademanes naturales y sobrios; su actitud siempre noble.

Va vestido sencillamente, con una larga túnica de lana blanca, y encima un manto de color oscuro, con amplias mangas, que tiene la costumbre de cruzar sobre el pecho.

Cubre sus cabellos con un sudar o kufié árabe, es decir, un pañuelo de seda, sujeto en lo alto de la cabeza por cordón de lana; y cuyas puntas caen por detrás del cuello, protegiéndole contra los ardores del sol.

Defiende sus pies de las piedras y asperezas del suelo con sandalias de cuero, atadas con tiras de lienzo.

Ya ves, querido Tulio, que no olvido nada para darte a conocer al Profeta de Galilea, en el cual hay que convenir que todo es admirable. Si no deja en la historia un nombre glorioso, debemos deducir que el género humano no es digno de él.

En Galilea, se piensa que va a cumplirse, al fin, la profecía de Isaías: «el pueblo sentado en las tinieblas ha visto un gran resplandor, y la luz ha brillado sobre los que habitaban a la sombra de la muerte».

Y esa es, en efecto, la palabra de Jesús de Nazaret: el gran resplandor, la gran luz del género humano.

Vale. 1 Mayo 781.—Magdala.

A. B. R.

## Caminos de penitencia

Peregrino de la vida,  
por el árido desierto,  
con una cruz dolorida  
camino sin rumbo cierto.

No hay para mí frío lumbre  
manjar para mí—abstinencia,  
ayuda a mi pesadumbre,  
a mis dolores clemencia.

Herida de tantos vicios  
que el tiempo no cauteriza,  
que es en mi cuerpo cilicios,  
en mi cabeza ceniza.

Pesadumbre de un dolor  
causado en la esclavitud.  
Y es medicina el amor,  
y es la salvación la Cruz.

Se divisa en lontananza,  
en esteril eminencia,  
como faro de esperanza  
la luz de la penitencia.

Aridez en el camino,  
lleno de guijas el suelo,  
ándalo, buen peregrino,  
que va de la tierra al cielo.

Hermenegildo Rodríguez

## CHARLA

—Desengáñese, amigo Don José, lo de ahora todo es malo.

—Exagera Vd. algo Don Ramón.

—No exagero. Y le invito a que me diga qué cosa tenemos ahora mejor que en nuestros buenos tiempos.

—Concedo que la guerra y todas sus consecuencias nos han traído muchos inconvenientes y dificultades.

Y tantas como estamos padeciendo. Lo cual demuestra que las guerras nos hacen retroceder en la civilización.

—Hoy la cuestión social está muy adelantada...

—Y para qué sirve si el trabajador vive mucho peor que antes.

—Gana más ..

—Pero su jornal llega a menos.

—Hay más adelantos que antes.

—Para qué los queremos si no podemos disfrutarlos y los que disfrutamos nos marean y terminan proporcionándonos un buen dolor de cabeza. Ahí tiene Vd. la radio, que por transigir con la familia he de soportar esas canciones tontas que nos

traen del extranjero... con las, alegres y simpáticas que eran aquellas zarzuelas de nuestra época.

—Van pasando de moda, ahora el cine americano...

—Por Dios, D. José, no me hable así. Ya vé que coincide conmigo en que van pasando de moda... todas las cosas buenas antiguas.

—Los medios de locomoción son mejores y más rápidos.

—Para morir más fácilmente y con mayor confort.

—Vd. no comprende a esta época que vive de realidades y más prácticamente que antes.

—Los alimentos no creo me diga que son mejores los de ahora. Tal parece que les faltan sustancias nutritivas. De las medicinas se ha hecho un negocio sin escrúpulos, de la indumentaria, tanto masculina como femenina, se ha llegado a un record de mal gusto, en la arquitectura, convendrá conmigo, en que el arte ha desaparecido por completo. Hoy las casas son cuadros... y mal hechos por cierto; en literatura lo mismo...

—No siga, D. Ramón, es Vd. de otros

tiempos y no da cuartel a los nuevos modos.

—No me hable de nuevos modos, porque habría mucho que hablar. Ha desaparecido la galantería, el respeto mutuo, la educación. Yo sigo saludando a las señoras, posando mi sombrero e inclinando galantemente la cabeza y en las jovencitas me parece observar una ligera sonrisa que traduzco: cómo se nota que D. Ramón es del siglo pasado. Pero yo sigo siempre galante con las damas, cortés con todo el mundo, sin dejar de ver con desprecio para mis adentros, a esta generación actual que ha perdido la noción de la belleza y de la bondad.

—Y si habla Vd. con ellos observará que creen estar en razón y que los del pasado siglo son los equivocados.

—Peor para ellos. No creo que puedan guardar de su juventud un recuerdo tan agradable como el que nosotros guardamos de la nuestra y ahí está mi razón que ellos no podrán destruir. Si no al tiempo.

—Sin embargo algo hay bueno en esta época...

—Nada... nada. No podrá decirme nada bueno de esta época. Pues ni siquiera el

tiempo es como el de antes. No vé que temporales estamos pasando. Lloviendo siempre, con un frío húmedo que yo no recuerdo haber padecido... Ni el tiempo, D. José, ni el tiempo de ahora es como el de antes.

—Bueno, bueno, le dejo, porque me parece que le flaquea la memoria. Es usted incorregible e intransigente. Creo que si le quitasen sesenta años de encima cambiaría de opinión.

—Hombre... en ese caso... tal vez transigiría algo.

DON JUSTO.

## Planchas ACANALADAS de CUBRICION

Almacenes ARBUES

Covadonga, 27 - GIJON

Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado



José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6  
Junto a la Plaza de la Virgen

VALENCIA

Almacenes

Materiales

de

Construcción

*Arbues*

GIJON

Covadonga, 27

esquina al Parque Infantil

Teléfono 18-17

Máquinas de coser y bordar

“ALFA”

Exposición y venta: Covadonga, 27 (esquina Parque Infantil) Telf. 4039 - GIJON

ANTIGUA FUNERARIA  
— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano

JOYERIA-PLATERIA-BELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos  
para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA  
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

La

Caja de Ahorros de Asturias



Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventivo anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)